



ADMINISTRACIÓN:
RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14,
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazabal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfoncino.



El Barón de Protarville

REGIO AUTÓGRAFO

EL día 5 del corriente llegaron á Venecia el Coronel Sarasola y los Oficiales Sres. Enderica y Oleaga, delegados por sus compañeros de la División Vizcaina para poner en manos de Don Carlos un álbum con las firmas de casi toda aquella brillante oficialidad. Como nuestros lectores no conocen todavía el elocuente mensaje que precede á estas firmas, lo publicamos á continuación, antes de la respuesta que mereció del augusto proscripto:

«SEÑOR:

La División Vizcaina acude hoy al trono de V... ardiendo en el mismo entusiasmo que la animaba cuando Vuestra Real Presencia infundíala valor para cerrar contra el enemigo ó rechazar sus ataques.

Hoy como entonces miramos en V... á nuestro Señor Amadísimo, al M... legítimo de las Españas, al Príncipe católico que mantiene en sus manos, con un valor, con una constancia, con una abnegación envidiables, la santa y bendita bandera de las gloriosas tradiciones patrias, de los fueros, franquicias y libertades de este Solar.

No sabemos, Señor, más lenguaje que el del soldado, que responde atento á la voz de la Ordenanza y de la disciplina, por la boca de sus cañones ó de sus escopetas. Mandad, Señor, y seréis como siempre obedecido, que vemos en V... al representante de Dios en España, y por nada ni por nadie faltaremos á nuestros sagrados juramentos.

Duden de la Real palabra de V... los que no le conocen, los que no le han visto compartir con nosotros las penalidades de la guerra, visitando los hospitales, estrechando la mano de multitud de virulentos, concediéndoles el premio más grande que ambicionaban en este mundo, y que V... ha concedido, concede y está pronto á conceder á todos sus leales, á todos sus hijos, á todos sus vasallos. Duden de V... los que no le aman, los que no sienten latir sus corazones al mismo movimiento que el corazón magnánimo de V..., que sólo alienta por la gloria de Dios N. S., la libertad de su Iglesia Santa y la ventura de

vuestros pueblos. Caigan rendidos y deserten de vuestra bandera, engañados ó impacientes, los que no han vertido su sangre por la Causa que V... simboliza, los que no están dispuestos á dar á V... sus haciendas y sus vidas, sino á cambio de Vuestra Corona.

Vuestros soldados de la División Vizcaina, ni caen, ni vacilan. No necesitaba hablar V... para que supiéramos que era el mismo de siempre. Nos lo decía el amor que profesamos á V..., nuestra fe en la misericordia divina, nuestro deseo de salvarnos y de salvar á Vizcaya y á España, que sólo en V... tienen el salvador providencial, el único que puede vencer á las huestes revolucionarias, en sus múltiples divisiones.

Y son tan grandes nuestra fe y nuestra confianza, y tiene raíces tan hondas, que por nada ni por nadie daremos entrada á la vacilación y á la duda con que el maldito liberalismo busca aliados entre nuestras filas. Por nada ni por nadie, Señor, y dispense V... nuestra ruda franqueza vizcaina, dejaremos de ser lo que somos, contando con los auxilios de la gracia; por lo que bien podemos decir que esperamos morir como hemos vivido, abrazados á nuestra bandera y gritando como ayer, como hoy y como siempre: ¡Viva el Rey!

SEÑOR:

A LOS R. P. DE V...»

Siguen aquí las firmas de casi todos los Jefes y Oficiales que compusieron dicha División, siendo la primera la respetabilísima de nuestro colaborador el Sr. Marqués de Valde-Espina.

Véase ahora la respuesta que la Comisión vizcaina recibió de las Reales manos el día 6, cuando se presentó en el palacio Loredán á felicitar á los señores Duques de Madrid, con motivo de la festividad de los Santos Reyes:

«Venecia, 6 de enero de 1890.

»Mi querido Valde-Espina: El mensaje que encabezado por ti me dirigen los Jefes y Oficiales de la División Vizcaina, ha llenado mi corazón de júbilo, recordándome los años más felices de mi existencia, cuando, á la cabeza de mis heroicos vo-

luntarios, hacia frente á la revolución desencadenada en España.

»Si mi fe necesitase alientos, este acto me los daría.

»Tenéis razón; los que derramasteis vuestra sangre y expusisteis la vida en cien combates por la fe de nuestros padres, la tierra bendita que ellos inmortalizaron con sus hazañas y el trono secular y legítimo, no podíais dudar de vuestro Rey, como el Rey no duda de vosotros.

»Queriendo, pues, dar una prueba de mi agradecimiento, no sólo á la División Vizcaína, sino á los restos todos de mi heroico Ejército, entrego al Coronel Sarasola, para tí, una de las fajas de capitán general que usé en la guerra, y que en tantos gloriosos encuentros saludaron las balas. Si Dios quiere que un día vuelva yo á España, estaré orgulloso de vértela ceñida. Si no, légala á tus hijos como testimonio de la justicia del Rey, del cariño de un amigo y del entusiasmo de un compañero de armas.

»Con ella entiendo premiar tus servicios individuales, y saludar en tí á la digna personificación de la fidelidad carlista y del honor español.

»A todos los buenos, tengo presentes en este instante; lo mismo á los que sucumbieron, que á los que viven; lo mismo á los veteranos, tus compañeros de siempre, que á la entusiasta juventud que hoy está creciendo, admiradora de vuestras glorias y ansiosa de emularlas.

»Guárdete Dios, mi querido Valde-Espina, como de todo corazón lo desea tu afectísimo

CARLOS.»

EL ESTANDARTE REAL, que estima como suyas las glorias militares y políticas de todos y cada uno de sus colaboradores, se complace hoy en enviar, á la vez que la expresión del más vivo agradecimiento al Caudillo augusto de la Comunión carlista, la enhorabuena más entusiasta y cariñosa al veterano Marqués, por la honrosísima y justa distinción de que acaba de ser objeto.

EL BARON DE BRETAUVILLE

MUCHO nos conmovió la noticia de haber pagado tributo á la muerte el infortunado personaje carlista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Con su fallecimiento, queda sólo un recuerdo de aquella lealtad sin mancilla y de los relevantes méritos adquiridos en el campo de la legitimidad, recuerdo indeleble á través de las generaciones, que encontrarán en D. Federico Anrich el prototipo del españolismo y de la caballeridad.

Triste es tener que consignarlo así, en las presentes circunstancias, en que la Comunión tradicionalista necesita de brazos vigorosos y de grandes caracteres que trabajen como trabajó nuestro difunto colaborador, para restablecer en nuestra desventurada patria lo que han demolido unos cuantos años de liberalismo.

Don Federico Anrich Santamaria Valcárcel y Bonafoy, Barón de Bretauville, vió la luz primera en la Habana. Su padre, oficial de marina, le dedicó á la carrera de la mar, á la cual pertenecieron ya sus abuelos, llegando pronto á mandar los barcos de vela *Anibal* y transporte *Iberia*, y los de vapor *Ceres*, *San Quintin*, *Pizarro* y *Almansa*. Su reconocida pericia le elevó en pocos intervalos á Capitán de navio, á Gobernador general de las Colonias españolas del golfo de Guinea y, por último, á Ministro de Marina, en tiempo de la República. Pináculo tan elevado, que codician no pocos mercaderes políticos para satisfacer sus concupiscencias, sólo sirvió á nuestro biografiado para columbrar con todos los detalles la farsa representada por los prohombres del liberalismo.

Entonces fué cuando, al escuchar los quejidos de su patria deshonorada, consumó aquel acto heroico que tanta resonancia tuvo en Europa, y que dejó turulatos á todos los liberales, que no comprendían cómo un Ministro de Marina renunciaba á su brillante carrera y elevado cargo, para cobijarse en la bandera carlista que

entonces ondeaba en muchos puntos de España.

Véase el patriótico manifiesto que publicó á raíz de este memorable suceso:

«Yo he vivido dentro del liberalismo; le he prestado mi concurso y mi apoyo; he visto todas sus evoluciones y sus ensayos todos, hasta el último, esperando siempre reformas y mejoras nunca realizadas; llegué hasta á olvidarme del riquísimo legado de gloria que

debo á mis abuelos, á cuyos manes pido no se acuerden de mi falta; he alcanzado, sin conspirar nunca, un puesto honroso en mi carrera; he sido ministro; aun podría aspirar á las más elevadas posiciones, y sin embargo, ante la voz de mi conciencia afligida por los males de la nación, ante tantos desastres, tanta ignominia y mengua tanta... todo lo abandono, á todo renuncio, honores, dignidades, posición, hogar y familia, y voy á buscar bajo los pliegues de una noble bandera que tiene por lema « Dios, Patria y Rey»; es decir, mi



ARMISTICIO VOLUNTARIO

creencia religiosa, mi madre España y el mandatario de la Ley, el custodio de mi libertad, de esa libertad que yo quiero y ansío para todos los fines honestos de la vida, la posible salvación de mi patria, pidiendo á Dios me perdone no haberlo hecho antes, y á la Historia, que, si se ocupa en mis faltas, se acuerde también de mi arrepentimiento y de mi pública confesión.

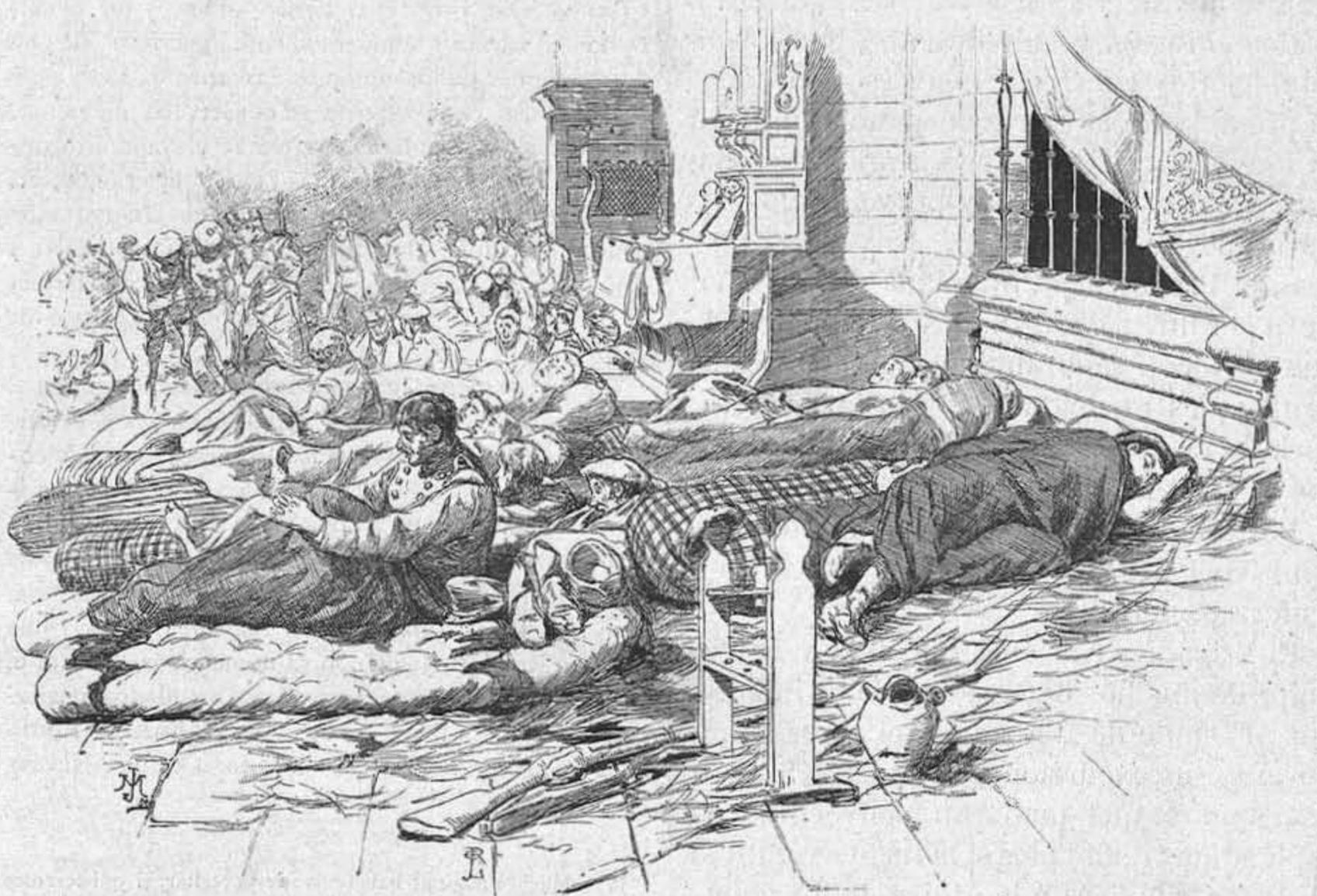
»Voy allá, á la Covadonga de la monarquía y del honor castellano, porque quiero tener un Rey, hijo y nieto de Reyes, y no un millar de tiranuelos que por turno me vejen y opriman; voy allá, donde se halla, no el señor absoluto, como se pregona para extraviar incautos, sino el representante de la tradición nacional y de las viejas libertades españolas; voy allá, porque se

proclama un absolutismo noble y grande, el absolutismo de la Ley, que guarda lo mismo el palacio del magnate que la choza del mendigo, y mide por igual al prócer y al menesteroso; voy allá, para encontrarme en medio de la antigua España, entre un ejército de bravos que pelean desinteresada y espontáneamente para probar al mundo que aun alentamos, y voy allá porque un príncipe honrado y caballero, que nunca ha faltado á su palabra y lealmente cumple hasta ahora sus promesas, me garantiza todo esto, y no es locura dar crédito á un vástago de estirpe regia, aquí donde todos nos hemos sucesivamente entregado á tanto aventurero engrandecido.»

Don Carlos le recibió gozoso, y tanto le comprendió desde el primer momento, que le dijo: «No te doy un empleo, porque sería ofenderte», siendo agregado á la División de Vizcaya, que mandaba el señor **Marqués de Valde-Espina**, y ascendido á Jefe de Estado Mayor pocos días después. Ejerció otros varios cargos, y siempre fué querido de todos sus subordinados. Don Carlos

le tuvo en singular estima, como lo prueban las líneas que subsiguen, debidas á un elevado personaje de nuestra Comunión, y con las cuales rematamos los apuntes biográficos del insigne militar que llora hoy la Causa carlista:

«El Brigadier Anrich era un militar caballeresco y pundonoroso, y un inolvidable compañero de armas.



ARMISTICIO FORZOSO

El magnífico Manifiesto dado por el ex Ministro de Marina al venir á nuestro campo, y que es un documento literario de primer orden, refleja fidelísimamente el notable carácter del soldado que puso su firma al pie.

Nombrado Comandante general de la costa, tuvo el honor el Brigadier Anrich de acompañar á Carlos VII en la mayor parte de sus arriesgadas excursiones por el litoral cantábrico, cuando el Rey recorría, bajo el mortífero fuego de la escuadra, todos los pueblos batidos por los colosales proyectiles de los buques, organizando la defensa de aquellas playas, instalando fortines y baterías, y buscando y hallando los medios de

romper el estrecho bloqueo y de recibir fusiles, artillería y municiones á través de la espesa red de cruceros que trataban de impedir los desembarcos.

El Batallón Sagrado, compuesto de jefes y oficiales veteranos, cubría una parte de aquella línea peligrosa, y con Anrich se hallaba también D. Carlos cuando, al pasarle revista, quitóse la boina por primera y última vez en la campaña, saludando á aquel Cuerpo escogido con estas palabras: «Me descubro ante los restos gloriosos de la antigua España.»

Bermeo, Lequeitio, Ondárroa, Zarauz, todos los encantadores sitios de la costa vizcaína y guipuzcoana; el misterioso arri-

bo del buque incendiado, que nuestros voluntarios llamaba el barco milagroso, y que sin tripulación ninguna dotó de fusiles á varios batallones; las visitas á las casas de Churruca y de Legazpi; la gloriosa muerte de Sánchez Barcáiztegui, todos estos son recuerdos culminantes en la accidentada y novelesca vida del Duque de Madrid, y á casi todos ellos va unida la figura del Barón de Bretauville.

Con el ilustre finado descansaba el espíritu del Rey guerrero, conversando sobre el progreso de la marina española, unida á la mayor parte de nuestras grandezas pasadas, y sin la cual no hay porvenir glorioso para nuestra patria.

Si la Providencia, apiadada de España, lleva por fin un día á D. Carlos al palacio de sus mayores, seguramente que una de sus principales atenciones, acaso la primera, sería la de acudir con toda solicitud á devolver á España su poderío marítimo.

Por eso, aun sin conocer á fondo el invento de Peral, lo siguió y lo sigue con verdadera pasión.

El Brigadier Anrich fué testigo y copartícipe de muchos hermosos sueños inspirados al Duque de Madrid por el amor patrio durante sus excursiones al litoral. Sueños de grandeza que pudieran convertirse en espléndidas realidades si la buena voluntad de todos estuviera á la altura de los generosos alientos del Soberano.

Con el valeroso marino cuya muerte deploramos, desaparece un precioso auxiliar para esa obra de resurrección de nuestra Armada.

Dios deparará el día que sea necesario, en el nobilísimo Cuerpo á que pertenecía, dignos sucesores de su espíritu de desinterés y de hidalguía.»

APUNTES SOBRE LA ULTIMA GUERRA CIVIL

Creación y organización de los Batallones navarros, vizcaínos, guipuzcoanos, alaveses, cántabros, castellanos, aragonés y riojano.—Idem de la Caballería y escoltas.—Número, armamento y municiones de ambas Armas.—Uniformes.—Cuartel Real.—Administración Militar.—Hospitales y ambulancias, y creación de la «Caridad».—Haber y raciones.—Sanidad Militar y Clero Castrense.—Organización militar de las provincias Vascongadas y Navarra.—Comandantes de armas.—Partidarios.—Cuerpo Jurídico.—Situación de las fuerzas carlistas en 1.º de septiembre de 1873.

Sabidos de todos son los móviles que dieron lugar

al levantamiento de las provincias Vascongadas y Navarra en diciembre de 1872. El tratado de Amorevieta no fué más que una tregua ó aplazamiento de la guerra en ellas, máxime cuando habíase continuado la campaña en Cataluña y se conseguían victorias tan importantes como las de Prades y Alpens. Esto estaba en la conciencia de todos los españoles ó, mejor dicho, de casi todos. El gobierno de Madrid, como siempre, creíase invulnerable, ó poco menos, á cuyo espíritu moral pueden aplicarse en todos tiempos y circunstancias las célebres palabras de Jesucristo: «Tienen ojos y no ven; tienen oídos, y no oyen.» Dado el carácter eminentemente guerrero de los descendientes de los antiguos euskaros; dado su espíritu religioso, cuyo espíritu se conservaba en su mayor pureza, en dondequiera que se elevaba un campanario que congregase á las fieles á la oración, era de suponer, repito, no estuviesen aquellos naturales conformes con la Monarquía democrática primero, y con la República federal después, y cuyas dos formas de gobierno fueron proclamadas por el Central de Madrid.

Por eso se vieron convertidos en Batallones, en el corto intervalo de un año, cada uno de los veintisiete hombres que salvaron los Pirineos, con D. Nicolás Ollo, en el citado diciembre de 1872 (1), organizándose rápidamente, á favor de la idea creadora iniciada por dicho Jefe en Navarra, donde gozaba de gran popularidad, los batallones del Rey, Reina, Príncipe Don Jaime, Infanta Doña Blanca, Infanta Doña Elvira y Rey Don Juan, con la numeración del 1 al 6. Estos Cuerpos fueron organizados y mandados respectivamente, hasta fines de 1873, por D. Eusebio Rodríguez (antiguo Ayudante de Cazadores de las Navas),

(1) Muchas páginas habíamos de necesitar, si quisiéramos escribir, aunque no fuera más que un bosquejo biográfico del carácter y distinguidas prendas militares del malogrado General carlista D. Nicolás Ollo. Otros escritores de más mérito lo intentarán con mayor éxito que yo. Su modestia, golpe de vista rápido y seguro, entendimiento claro, valor á toda prueba, tan duro para sí mismo como sensible á las fatigas físicas de sus compañeros é inferiores; tal era el antiguo Capitán del Regimiento de Zamora, en la guerra de Africa; el Comandante retirado luego, y el organizador de aquellos Batallones navarros, tan queridos del Caudillo, como admirados por sus enemigos, después. Nadie habrá olvidado, seguramente, las estratégicas marchas que hubo de hacer Ollo al principio de la campaña, con un puñado de hombres desarmados, mientras no encontraban enemigos á quienes quitar sus fusiles y municiones; aquella vida errante, sin tener tiempo para descansar y para racionarse, sin abrigo en invierno, no cruzando las carreteras sino de noche, rodeados siempre de tres, y hasta cinco, columnas enemigas, y á pesar de todo, organizándose sobre las cimas de las montañas y haciendo frente al Ejército liberal, en cuanto se encontraban siquiera en la razón de 1 á 8. Unas veces mandando en jefe, y otras acompañado, su nombre figuró siempre en primera línea, entre los carlistas, y su temprana y desdichada suerte causó honda pena entre sus partidarios. ¡Dios haya recompensado sus virtudes, su modestia y sus indisputables dotes de mando!

D. Teodoro Rada (llamado más bien Radica), D. José Lerga y Goñi (procedentes ambos de la primera guerra civil), el Marqués de las Hormazas y D. Juan Yoldi (Coronel que había sido en el ejército de Isabel II). Durante el transcurso del año, se organizaron tres Batallones más (1).

La Caballería de Navarra, creada al principio de la campaña por el antiguo voluntario de la de Africa, D. José Pérula, tuvo por base, no sólo la popularidad de que gozaba este guerrillero en Sesma, Lodosa y otros puntos de Navarra, sino la expedición atrevida que muy al principio hizo á Castilla la Vieja. En la época á que nos referimos en este capítulo, hallábanse en organización, bajo las órdenes de dicho señor y de algunos Jefes y Oficiales que habían servido en el ejército liberal, como Ordóñez, Ortigosa y otros (2).

(1) Don Eusebio Rodríguez, Ayudante del Batallón de las Navas, obtuvo el mando del primer Batallón de Navarra, casi desde el principio de la campaña, haciendo de él un modelo de disciplina y sólida instrucción, pudiendo competir ventajosamente con cualquier Cuerpo de cazadores del Ejército liberal, en sus buenos tiempos.—Como aquél, procedían del mismo el Teniente coronel Marqués de las Hormazas, que creó y mandó hasta su fallecimiento el 5.º de Navarra, y el Coronel D. Juan Yoldi que mandó el 6.º—De buenos y leales Oficiales de la primera guerra civil procedían los Coroneles Lerga y Goñi, que respectivamente organizaron el 3.º y 4.º—El 2.º fué creado por D. Teodoro Rada, á quien expresamente hemos dejado el último entre los Jefes navarros, por merecer colocarse á su cabeza. Compartía la popularidad con Ollo y con Pérula, y nunca, como en él, ha sido un axioma el conocido proverbio de *vox populi, vox Dei*. Su popularidad era mercedísima; sin ser una notabilidad militar, era un guerrillero del temple de los Mina y de los Manso. Modesto por naturaleza y callado, nunca daba su opinión sino después de bien pesadas todas las razones del caso, y rara vez dejaba de acertar en sus claros juicios. Muchas veces le sorprendíamos en sus alojamientos leyendo la Campaña franco-prusiana ó la táctica del Marqués del Duero. Arrojado y valiente hasta la temeridad, hizo temible á su Batallón en cuantas ocasiones se hallaba en fuego, conociéndole sus enemigos casi tanto como los suyos. ¿A qué se debía, si no, el que los periódicos republicanos citaban su nombre al lado de los de Ollo, Elío y Dorregaray, siendo así que éstos eran Generales y él no dejó de ser jefe de Batallón sino pocos días antes de su muerte? A su lado hizo toda la campaña D. Carlos Calderón, Ayudante de Don Carlos, hasta Oroquieta, segundo jefe del Batallón de Radica, y su sucesor en el mando después. Hemos admirado siempre la abnegación y el valor de Calderón, que pudiendo hacer su carrera al lado de su Rey, Don Carlos, con comodidad y sin peligro, prefirió irse á un Batallón, como un simple oficial, por creer más necesaria allí su presencia al porvenir de la causa, para ganarse en las filas sus empleos y condecoraciones. Identificado con Radica, participaba de parte de su gloria, que nosotros le envidiamos, lloró su muerte, como todos lloramos de pena al saberla. ¡Ollo y Rada! Desdichado proyectil, que desde Serantes cortó dos vidas tan necesarias al Carlismo! Juntos entraron á hacer la guerra, y la misma granada cortó la vida del General y del Brigadier, firmísimas columnas del suspirado trono de Don Carlos.

(2) Hemos dicho en la nota antecedente que Pérula compartía la popularidad entre Ollo y Rada, en Navarra. Su ca-

A pesar de carecer de buenos y reglamentarios equipos, y aun de armas, habíase portado bizarramente la Caballería carlista en Eraul y Udabe. Sin embargo de su naciente estado, desempeñaba buenos servicios, como avanzadas, flanqueos, apresaba convoyes, picaba retaguardias, etc. Los caballos tenían diversa procedencia: unos cogidos al enemigo, otros requisados en los pueblos, otros donados graciosamente por sus antiguos dueños y otros propiedad de los jinetes, por compra ó pase del ejército contrario. En la citada época serían unos doscientos; algunos carecían en absoluto de monturas, y otros las tenían, pero sin uniformidad. Esta circunstancia cesó pronto, por la iniciativa del General carlista Ollo y de su Jefe de Caballería, Pérula, que establecieron un taller de monturas en Legaria (Amézcuas), que surtió de sillas y bridas á aquélla. Los jinetes iban armados de sables, y unos pocos de tercerolas y lanzas.

Antes de concluir con la fuerza navarra, justo es hacer constar que en septiembre había dos compañías de zapadores obreros, formadas de cerrajeros, carpinteros, albañiles y de otros oficios. Entonces puede decirse no había aún Cuerpo de Ingenieros, por falta de oficialidad facultativa, como diremos más adelante (3).

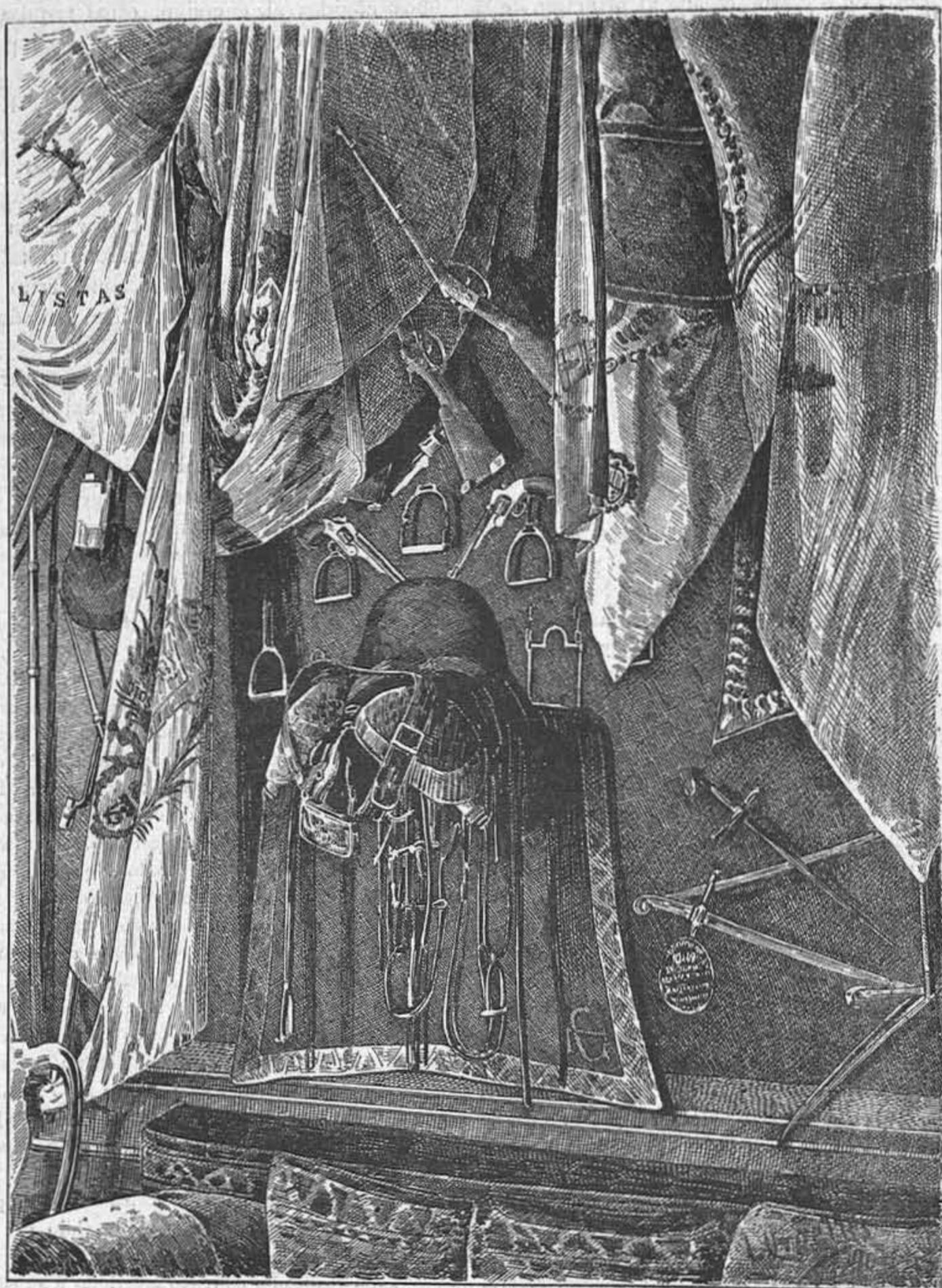
rácter franco y sin vacilaciones, le hacía apreciable y querido de sus compañeros é inferiores. Sus antecedentes, anteriores á la Revolución del 68, no fueron otros que el haber ido á la guerra de África como voluntario, distinguiéndose en ella, en términos de haber alcanzado la Cruz de San Fernando y un destino civil, en recompensa de sus méritos. Así como Ollo y Rada fueron el alma de la Infantería navarra, Pérula lo fué de la Caballería; viéndosele desde el primer alzamiento carlista montar á caballo, recorrer los pueblos de la ribera del Ebro y arrastrar con su presencia á todo el que disponer podía de un caballo ó tenía medios de proporcionárselo. Guerrillero y jinete infatigable, hacía rápidas y atrevidas marchas en terreno liberal, aceptando la lucha en buenas condiciones, ó esquivándola cuando el número ó las circunstancias le hacían suponer un probable vencimiento. Hanle achacado á Pérula, los mismos carlistas, faltas que á otros Generales en jefe se les han dispensado; nada más que una palabra diremos á sus detractores: el que de soldado asciende á General en jefe de 40.000 hombres, demuestra que, si no es un Molke, es de la madera de donde han salido el Empecinado, Espoz y Mina y otros Generales que honran á nuestra patria.

A sus órdenes organizó la Caballería el Capitán-teniente de húsares de Pavía D. Juan Ortigosa, hijo del General del mismo apellido, Oficial pundonoroso, valiente é ilustrado, demostrando cualidades militares superiores á su edad en cuantas empresas hubieron de encomendársele, hasta el fin de la guerra.

(3) Don Gerardo Martínez de Velasco, único General que se mantuvo con mil hombres en armas después del tratado de Amorevieta, en las Provincias, recorriéndolas mientras tuvo un grupo de hombres que mandar, volvió á entrar en campaña el año 73, investido con el cargo de Comandante general de Vizcaya. Tuvo el acierto de rodearse de hombres de verdadero valor, procedentes del Ejército, como el Teniente de Ingenieros D. Alejandro Argüelles y D. Carlos Costa. Aquél, de carácter organizador y entendido, contribuyó más que otro alguno á que Don Carlos pudiera revistar, á poco de entrar

En Vizcaya adelantó también la organización de un modo notable, debido, no sólo a la popularidad del Brigadier carlista el anciano D. Castor Andéchaga, sino al celo del Comandante general del Señorío, don Gerardo Martínez de Velasco, y a la ilustración de su

Jefe de E. M. D. Alejandro Argüelles, Teniente que había sido del Cuerpo de Ingenieros. En la época de que tratamos había ya ocho Batallones vizcaínos y uno de Castilla. Se llamaban por el nombre del distrito á que pertenecían, correspondiendo dos á las



PALACIO LOREDÁN.—Cuarto de Banderas.

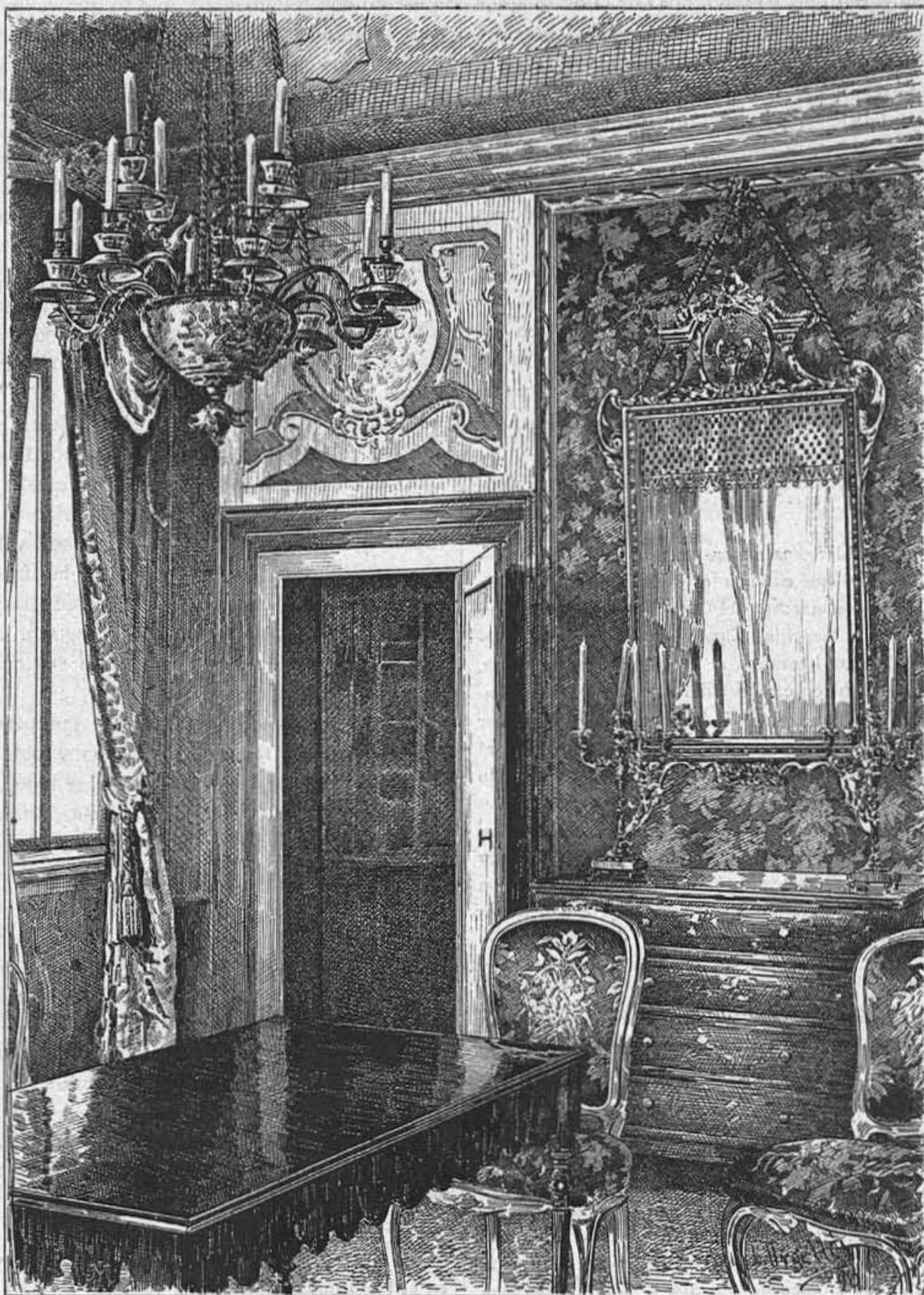
en España, en julio del expresado año, ocho Batallones vizcaínos de nutrida fuerza, y bien armados. Costa, que le sucedió en el mando, continuó por el mismo camino, siendo infatigable en el trabajo, modesto y uno de los más valiosos Jefes de la causa carlista.

Don Castor Andéchaga, anciano procedente de la primera guerra civil, era el Brigadier segundo jefe de la Provincia. Andéchaga era tan querido y tan popular en Vizcaya como

Ollo en Navarra. Su poderosa iniciativa, su arrojo desmedido y su entusiasmo por la causa, no reconocían límites. La lucha era su elemento, y su nombre y condiciones se echaron muy de menos, no sólo entre los Batallones encartados y la fundición de Arteaga, que creó, sino en el modo de ser de la Provincia, desde el nefasto día que regara con su sangre el cerro de las Muñecas, disputando el paso de Bilbao al Ejército republicano, en 30 de abril de 1873.

Encartaciones, dos á Arratia y uno de cada villa de Guernica, Durango, Marquina, Munguía y Orduña, formándose después el de Bilbao. Sus respectivos Jefes eran del país, y pocos de la primera guerra civil: D. León Iriarte, el Barón de Sangarrén, D. Juan Sara-

sola, D. José Gorordo y D. José Bernaola. Los únicos que habían servido en el ejército anteriormente, eran el segundo de los mencionados y D. José Seco Fontecha, que mandaba Bilbao y había sido de la Guardia civil.



PALACIO LOREDÁN.—Gabinete de la Reina.

En Guipúzcoa, el Cura Santa Cruz primero, y después el Teniente coronel que fué de Cazadores de Arapiles D. Antonio Lizarraga, habían organizado seis Batallones, que á semejanza de los vizcaínos, se llamaban de Tolosa, de Azpeitia, de Elgoibar, del Carmen, del Triunfo y de San Ignacio. Sus Jefes eran

guipuzcoanos en su mayoría, de natural influencia en el país, como Iturbe, Emparán y otros; entre los del Ejército figuraban ventajosamente D. Enrique Chacón, Pérez Dávila, Ferrón, Blanco é Hinestrilla, sin duda porque los elementos castellanos no eran muy afines con los de la Provincia. Estos Batallones esta-

ban bastante nutridos de fuerza y aguerridos, porque el general republicano Loma conocía á palmos el país y no les dejaba descansar al principio, por su incansable persecución y actividad (1).

En Alava había cuatro Batallones, con los números del 1 al 4; fueron creados, como todos los demás, por Jefes conocidos del país y mandados por ellos mismos hasta su ascenso á empleos superiores, como Iturralde, Montoya y otros. El Comandante general carlista era D. José de Larramendi, y su Jefe de E. M. el Brigadier que fué del Ejército D. Torcuato Mendiri. Los Batallones alaveses se distinguían por su valor frío y sereno y su apacible carácter, tan diferente del bullicioso de los navarros y de la imperturbabilidad de los vizcaínos y guipuzcoanos (2).

Además de estas fuerzas, había otras que podían llamarse irregulares, constituyendo partidas más ó menos importantes, según su número y el nombre adquirido por el Jefe que las mandaba en sus múltiples operaciones, que por lo regular eran independientes, hasta cierto punto, de los movimientos de los Batallones y Escuadrones organizados ya.

La fuerza de aquéllos era muy variable, pues depen-

(1) Otro día hablaremos extensamente de la organización y elementos con que contaba el Ejército Real de Guipúzcoa. A las atrevidas marchas del Cura Santa Cruz, habían sucedido la toma de Azpeitia, Elgoibar y otros puntos defendidos por columnas liberales. A la guerra de guerrillas, había sucedido la lucha en campo abierto, y las partidas habíanse convertido en Batallones. El Teniente coronel primer jefe del Batallón de cazadores de Arapiles, había sustituido al Cura Santa Cruz. Militar de raras prendas é incansable en todo aquello que creía el cumplimiento de su deber, D. Antonio Lizarraga había dado ser y vida á los Batallones guipuzcoanos, que por sus condiciones y lenguaje eran refractarios á ser mandados por Jefes y Oficiales que no fueran del país. Con tino y paciencia fué modificando Lizarraga estas condiciones, y si bien no les privó nunca de que paisanos de verdadera popularidad en Guipúzcoa, como Iturbe, Vicuña, Eusparán y otros les mandasen, consiguió que López, Blanco, Pérez Dávila, Rodríguez Vera y más que sería prolijo enumerar, fueran venciendo la desconfianza de sus naturales y fueran tan queridos como aquéllos. Es indudable que á este resultado hubo de contribuir Lizarraga más que otro alguno. A su iniciativa débese también la creación de la Maestranza-fundición de Azpeitia, y que las fábricas de Eibar y Plasencia dotasen á los Batallones de su mando de excelentes fusiles sistema Remington.

(2) Don José de Larramendi, Brigadier comandante general de los alaveses, tuvo la desgracia de que su salud no corría parejas con su ánimo y deseo de ser útil á la causa de Don Carlos. Casi puede asegurarse que mientras estuvo al frente de la Provincia, le sustituía en el mando activo de ella el Brigadier procedente del Ejército, D. Torcuato Mendiri, su Jefe de E. M. El primero organizaba, y el segundo tenía la gloria de conducir al combate á los sufridos y subordinados alaveses. Militares ambos, de merecido renombre en el Ejército de Isabel II, continuaron en el carlista sus buenas tradiciones, distinguiéndose Mendiri entre los militares severos de alta graduación, que hicieron, de partidarios, Batallones, y de Batallones, Divisiones tan organizadas y tan buenas como las mejores.

día de la mayor ó menor popularidad de su Jefe. Sabido es que todo aquel que por sus gestiones y amor á la causa carlista levantaba cien hombres, era y tomaba el nombre de su Capitán; así es que si el número llegaba á seiscientos, podía llegar á ser Comandante ó Teniente coronel. Esto, por lo menos, se llevaba á efecto con religiosidad, puesto que el objetivo principal era aumentar el número de los voluntarios carlistas. A los pocos meses cesó esta base de organización, teniendo cabida indistintamente en los Batallones los oficiales del ejército con los del país.

Había Batallones, como los de Castilla, que apenas llegaban á 500 hombres, mientras que algunos vizcaínos y navarros tenían hasta 900. El armamento tenía diferentes procedencias: había Remingtons del ejército, y construidos en las fábricas de Eibar, Erenna y Plasencia; Berdan de dos modelos; carabinas y fusiles modelos 1857, rayados y aun lisos; escopetas Ibarra y Lefauchaux, y Chassepots. Los cuatro primeros Batallones navarros tenían Remingtons; el 5.º cambió el suyo después de la acción de Montejurra, y conforme se iban uniformando las armas de uno de ellos, pasaban las antiguas á los que se iban creando nuevamente. Los vizcaínos tenían fusiles Berdan (del segundo modelo); los alaveses, de ambas clases, y los guipuzcoanos, Remingtons construidos en las fábricas de la Provincia. Fácil es comprender lo que embarazaría semejante diversidad de bocas de fuego en el momento de combatir y de ser transportados sus cartuchos de un punto á otro (1).

Estos procedían al principio de compras en el Extranjero y de la recarga de cartuchos metálicos, tanto propios, como de los liberales, que se recogían descargados en el teatro de las operaciones, una vez terminadas éstas. Se había calculado que las vainas ó envueltas metálicas de los cartuchos procedentes del Ejército, admitían seis ó siete recargas, mientras que las del Extranjero apenas si admitían dos ó tres, si es que no se abrían antes. Verdad es que se pagaban baratos en Francia; pero en transportes y dificultades de la frontera venían á salir tan caros como los mejores. Las municiones, además de la dotación personal, se llevaban en cajones, sobre mulos de carga que acompañaban á los Batallones.

En cuanto á uniformes, había tanta variedad como en el armamento; hasta la época á que nos venimos

(1) Además de las fábricas que hemos ya detallado, tanto en el texto como en las notas, existían otras de pólvora, de cartuchería, de armas y de material de guerra, á cargo y bajo la dirección facultativa y administrativa de las Diputaciones respectivas. En las minas de Barambio se extraía plomo. Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya tenían fábricas de pólvora y talleres de recarga de cartuchos. Únicamente en las armas tenía el Cuerpo de Artillería la inspección y admisión de las destinadas á los Batallones carlistas. En Amurrio había un taller de bastes y efectos; en Durango y Estella, talleres de recomposición de armamento; en Legaria, de monturas, etc.

La Artillería no dirigió nunca más establecimientos que los de Vera, Azpeitia, Arteaga, Cacaicoa y el Parque de Estella.

refiriendo, puede decirse que no lo había. Los jefes y oficiales del Ejército liberal, llevaban los de los Cuerpos á que habían pertenecido en él, sin más diferencia que la boina; los del país lo llevaban á su capricho, ó por mejor decir, á su comodidad. Los artilleros llevaban sacos ó blusas de pana negra y pantalón del mismo color y clase con franja encarnada. La Caballería, dolmanes grises, azules y rojos. Las escoltas de los Comandantes generales de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava se distinguían por los colores de dicha prenda. Únicamente la del Capitán general de las Provincias, D. Antonio Dorregaray, y aun la del Jefe de E. M. G., D. Joaquín Elío (1), llevaban el mismo traje

(1) Elío y Cabrera son dos nombres de que nos creemos dispensados de dar detalles de su historia. Conocido y respetado el primero en el Norte, durante la primera guerra civil, tanto como el segundo en el Centro, vino á ser, después de la defección de éste, su Jefe natural D. Joaquín Elío, en los asuntos militares. Padre, más bien que General, de los Jefes del Ejército carlista, sus órdenes eran fidelísimamente ejecutadas por todos. Su reconocida lealtad á la causa carlista; su sereno valor, su caballerosidad nunca desmentida, hacían de D. Joaquín Elío el tipo del legitimista firme y decidido. Era el único quizás que pudo dar y dió alguna unidad al mando supremo, sobreponiéndose con energía y dulzura al mismo tiempo á las nacientes ambiciones. Estas, desgraciadamente, no faltaban; porque el Ejército carlista estaba formado de hombres, y no de santos, como pretendía y presumía el bueno de D. Antonio Lizarraga. Pero la mucha edad de Elío y su apartamiento temporal de los asuntos de la guerra, se oponían á sus deseos. De todas maneras, Elío era para nosotros la encarnación viva del Ejército y de la idea carlista, y su nombre será siempre respetado por todo su partido, y aun por sus mismos contrarios, que siempre hicieron justicia al caballero, al carlista y al General.

Al hablar del vencedor de Eraul, de Portugaleta y de Abárzuza, bien quisiéramos olvidarnos de su carta dirigida á su Jefe de E. M. del Ejército del Centro, en el famoso libro que éste publicó, titulado *Dorregaray y la traición del Centro*, libro en nuestro sentir escrito con más pasión y despecho que otra cosa. Y aunque no renunciemos á decir algo de él y de los que patrocina, dejáremoslo para más adelante, limitándonos por ahora á dar una ligera idea del General D. Antonio Dorregaray, Capitán general de las Provincias y de la Rioja en 1873. En el Ejército de Isabel II había llegado á ser Teniente coronel de Cazadores, habiéndose distinguido en las campañas de Cuba y África. Organizador, valiente y de buen criterio, no puede negársele que mandó con no poca fortuna el Ejército carlista del Norte, unas veces aliado á Ollo, otras á Lizarraga ó Velasco; siempre se le vió el primero en el peligro y no el último en el consejo. Tenía ciega confianza en su Jefe de E. M., cuya honra merecía ciertamente D. Antonio Oliver, Teniente que había sido de su Cuerpo antes de abrazar la causa de Don Carlos. Juntos empezaron y juntos terminaron la campaña. A Dorregaray, más que á otro alguno, se le debe la rápida organización de las Baterías de campaña, venciendo dificultades con firme y decidida voluntad; el Cuerpo de Artillería carlista le debe agradecimiento. ¡Lástima grande que al juzgar al General Dorregaray, desde su mando en el Centro, no tengamos que mojar nuestra pluma sino en el tintero de la más severa justicia! Dos épocas bien diferentes abraza la historia militar de Dorregaray: su mando en jefe en el Norte, y su mando en jefe en el Centro. El primero nos pertenece, y para

que los Cazadores del Ejército, porque se componían casi en su totalidad de soldados y clases liberales, que se presentaban á los carlistas armados, equipados y hasta con sus caballos.

La tradicional boina era la sola prenda de vestuario igual en todos, por su forma; distinguíase por el color azul, la Artillería, la Caballería y la Infantería de Alava, de Castilla y de Guipúzcoa; los navarros la llevaban roja, y los vizcaínos de vario color. El uso de la borla cesó al poco tiempo, conservándose sólo una chapa dorada ó blanca, con las iniciales C. VII entrelazadas y una corona Real. Los abrigos variaban hasta lo infinito en los Jefes y Oficiales. El equipo de los infantes, igual en todos, era el morral y la manta del país.

Don Carlos tenía para su inmediato servicio una compañía de cien infantes, próximamente, mandada por D. Adolfo Barrante y Elío, el cual había servido en Cuba como oficial. Estaba formada por voluntarios de varias provincias. Esta Compañía sirvió de núcleo el año siguiente para la formación del Batallón Gufas del Rey. Tenía éste, además, una Escolta de Caballería, poco numerosa entonces, la cual se componía de voluntarios armados y montados á su costa (1).

La fuerza cántabra, ó de Santander, se componía de

él no tenemos más que alabanzas; del segundo en adelante... veremos si algo podemos aclarar, derramando alguna luz sobre su historia.

Al lado de Dorregaray hicieron leal y bravamente la campaña, siguiendo su suerte, D. Rafael Alvarez, el héroe de San Pedro Avanto, oficial de Marina, que demostró ser tan útil en tierra como en la mar, y el Coronel Oliver, á quien tenemos la singular complacencia de haber tributado nuestros justos y desinteresados elogios, y á quien se nos presentarán ocasiones en el texto para reproducirlos, durante su mando en las provincias del Norte.

(1) De Don Carlos de Borbón, nada diremos. Únicamente dos palabras. Muchos son los que á la terminación de la guerra nos han preguntado nuestra opinión. Con la mano puesta en el pecho, hemos respondido que miente quien le moteje de cobarde; Dios es el solo capaz de juzgar con acierto y severidad á los Reyes en el altísimo puesto que ocupan, y á él nos remitimos. Hállase muy elevado, para que ni le alcancen nuestros tiros ni escuche nuestras lisonjas.

En 1873 llegó el General Duque de la Roca á encargarse de la jefatura del Cuarto militar de Don Carlos. Lejos casi siempre del Cuartel Real, por razón de nuestra profesión militar y organizadora, sólo diremos que, después del Duque, se hallaba en aquél, como Ayudante de S. M., el Brigadier D. Bartolomé Benavides y el Secretario de campaña Iparraguirre. Sus oficiales de órdenes eran los Capitanes Suelves, Ponce de León, Silva, Orbe (hijo mayor del Marqués de Valde-Epina), el grande de España Comandante Marqués de Vallecerrato y el Conde Gourouski, primo de Don Carlos, distinguidos Oficiales, ambos de Caballería. Como médico de Cámara, acompañaba constantemente al R., el Doctor Vicente, primero, y después el exdiputado constituyente Ratés, y Ocariz. Su Capellán era Mosen Buenaventura, excelente é ilustrado sacerdote, y su Limosnero mayor y Vicario general castrense el Ilmo. Sr. Obispo de Urgel, D. José Caixal. Para terminar, llevaba el R. dos Gentiles hombres ó Mayordomos, que lo eran el Conde de Almenara y D. Miguel Marichalar, y el Aposentador Sr. Morales.

dos Batallones de Infantería, otro de Guías, y una pequeña escolta de Caballería. El número de aquéllos no pasó nunca de 600 hombres. Su Comandante general era el Coronel D. José Navarrete (1).

El Batallón de Aragoneses y el de Riojanos se organizaron después; el primero lo fué por el Coronel del Ejército de Isabel II, D. León Martínez Fortún, y el segundo por el célebre guerrillero Llorente.

Al principio de la guerra no estaban aún organizadas la Administración y Sanidad y Clero Castrense. Las tres lo fueron después por el antiguo Intendente D. Domingo Gallego, por el Doctor Vicente y por el Ilmo. Obispo de la Seo de Urgel.

Desde el principio del levantamiento fueron presentándose á las Diputaciones forales de las Provincias, ó á sus Comandantes generales, algunos oficiales de Administración Militar, aunque en pequeño número, del Ejército liberal; otros procedentes de la primera guerra civil, y algunos paisanos que habían seguido ó seguían diferentes carreras literarias ó empleos civiles.

El General Elío, que desempeñaba entonces la Superior autoridad militar, los iba destinando allí donde las necesidades eran más apremiantes ó á los Cuerpos que los pedían. Dispuso asimismo el anciano General que cada Batallón, Escuadrón ó Batería tuviese de dotación un oficial administrativo; su misión estaba reducida á entenderse con los Alcaldes para la extracción de raciones, pues la contabilidad era directa entre los Jefes de las secciones y su respectiva Diputación. Las cuentas, por lo demás, no embarazaban á los Capitanes: se reducían á listas de revistas mensuales liquidadas, y á la distribución de haberes y raciones. Por lo demás, esto fué suficiente y no hubo casos de reclamaciones ni nada parecido. El haber de los voluntarios era de real y medio; otro de plus, y una ración compuesta de pan, vino y carne, corriendo el suministro á cargo de las respectivas Diputaciones. Si bien el numerario solía escasear algunas veces, las raciones eran excelentes en clase y cantidad, no habiéndose producido jamás queja alguna. En algunas provincias, el haber y las raciones variaron al principio, cuya variedad cesó por completo el año 74, después de la retirada de Bilbao. Las raciones eran dobles en los Jefes y Oficiales, y las hospitalidades eran poco numerosas, aun en las heridas y operaciones anormales, efecto sin duda del clima duro, pero sano, del teatro de la guerra, y de la robusta constitución de los vascongados y navarros.

El servicio sanitario dejó mucho que desear, por falta de personal y de material á propósito, excepto en los hospitales. Realmente puede decirse no le hubo hasta la instalación en Navarra del hospital de Irache;

(1) Los Batallones cántabros eran de escasa fuerza, á pesar de los desvelos de la Junta de Cantabria. Eran aquéllos tres, contando con el de Guías. A Navarrete sucedió Foldi en el mando, y á estos Argüelles, Vidal, San Millán y otros.

El Batallón de aragoneses se organizó desde un principio con naturales del país, concluyendo por refundirse al final de la guerra con el 12.º de Navarra.

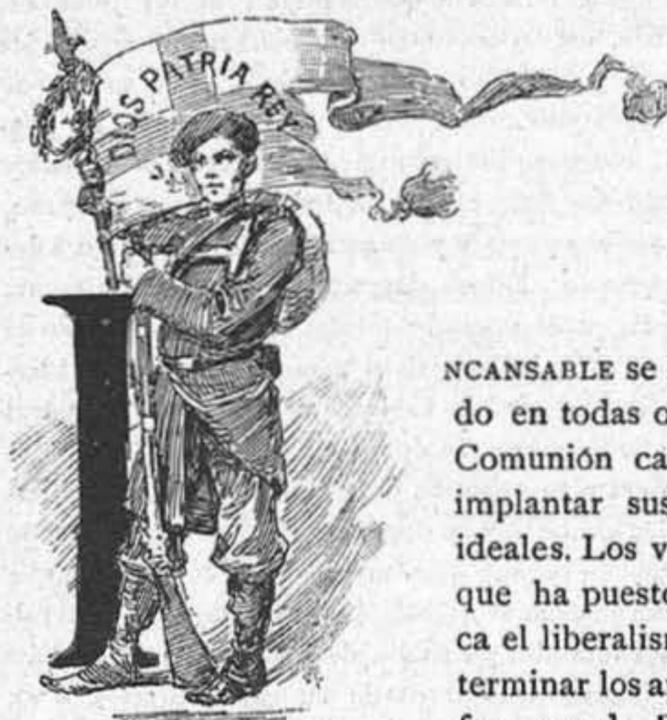
del de Guipúzcoa, en Loyola, y del de Villaró, en Vizcaya, y otros de menos importancia en diversos puntos.

Poco enterado de los Estatutos y atribuciones de la Asociación internacional de la Cruz Roja, para el socorro y asistencia de heridos en campaña, cuyo fin benéfico acato como cristiano, debo, sin embargo, hacer constar que las ambulancias establecidas por dicha caritativa y filantrópica Asociación, al principio del levantamiento y guerra, en Mondragón, Puente la Reina y otros pueblos, no eran bastantes, ni por su número ni por su modo de ser, para las necesidades que la guerra iba creando cada día más en el naciente ejército carlista. Nos explicaremos.

ANTONIO BREA

(Concluirá.)

UNA DE TANTAS...



INCANSABLE se ha mostrado en todas ocasiones la Comunion carlista para implantar sus gloriosos ideales. Los viles medios que ha puesto en práctica el liberalismo para exterminar los ardientes defensores de Dios, de la

Patria y del Rey, sólo han servido para avivar su fe y convertir su sangre derramada en semilla de nuevos héroes.

Si los gigantescos esfuerzos que hizo el carlismo en la epopeya de los siete años fueron neutralizados por la traición de Maroto, no hizo ésta decaer su ánimo, sino que, hacinando nuevos preparativos para el combate, tremoló de nuevo su bandera en el año 1848.

Terminada esta gloriosa campaña, merced al oro liberal, varios levantamientos parciales se suceden como para protestar de la tiranía entronizada, demostrando á la faz de los partidos liberales la vitalidad del pueblo tradicionalista. Uno de los que se lanzaron con más denuedo, el año 1855, á defender nuestras patrias tradiciones, fué el antiguo jefe carlista conocido por *Tóful de Vellirana*. Al frente de 30 ó 40 hombres, algunos de ellos desarmados, logró bur-



lar por algún tiempo la terrible persecución que se le hacía; pero ésta arreció de tal modo, que á la postre se vió obligado con los suyos á guarecerse en una casa de Masquefa, á cuyo dueño reputaba hombre de confianza.

Al día siguiente de haberla ocupado los carlistas, fué cercada, sin que éstos se apercibiesen, por un batallón de tropa y las milicias de Martorell, Esparraguera y de algunos otros pueblos, á las órdenes del comandante señor Casalís. No se arredraron los sitiados en presencia de tan inminente peligro, sino que, preparándose á vender caras sus vidas, dispusieron una impetuosa salida para librarse del furor de aquella soldadesca. Pero esta valerosa determinación, concebida por su jefe, no fué secundada por la mayoría de sus subordinados. El comandante Casalís ofreció *cuartel para los soldados*, abatiendo con esta promesa el ánimo de muchos que, á pesar de las exhortaciones de *Tóful*, persistieron decididos en rendirse, confiando en la honrada palabra del jefe de la columna. Mientras los de la casa agitaban un pañuelo blanco en señal de

San Andrés de la Barca fué teatro de las sangrientas escenas que vamos á describir. Por la mañana salieron los 32 prisioneros hacia este pueblo, ignorando por completo la terrible suerte que les estaba reservada, y con la persuasión de que iban conducidos á Barcelona. Custodiábanles la fuerza del ejército que asistió á su captura, algunos mozos de la Escuadra y dos compañías de Milicianos. Al llegar al pueblo, fueron conducidos á la cárcel, punto intermedio del lugar escogido para la ejecución y de la iglesia, donde cuatro sacerdotes les debían prestar los auxilios de su ministerio. Formado el cuadro en las afueras del pueblo, los mozos de la Escuadra sacaron cuatro de aquellos desgraciados y los llevaron á la iglesia, donde se confesaron, y antes de concluir fueron algunos mozos por otros cuatro, encontrándose en el camino los que iban á confesarse con los que marchaban al suplicio. Acababa de salir de la cárcel la tercera tanda, cuando el fatídico estruendo de una descarga les anunció el sacrificio de las cuatro primeras víctimas. Estremeciéronse de horror sus corazones, crispáronse sus nervios

y palideció su rostro ante el inmerecido destino á que les condenaba el mismo que espontáneamente les ofreció palabra solemne de respetar sus vidas. Arrodilláronse los segundos al pie de los que yacían; sonó la segunda descarga, y así sucesivamente, en grupos de cuatro, fueron bárbaramente inmolados treinta y dos españoles. Pero el horror que tan cruento espectáculo ofreciera, subió de punto en la ejecución de los últimos, entre los cuales había un muchacho de *trece* años. Su pobre madre, noticiosa del suceso, acababa de llegar desolada á aquella pobla-



rendición, *Tóful* se presentaba solo en la puerta, muriendo de una descarga. Treinta y tres fueron los rendidos, y de los tales fué fusilado pocos momentos después, en el mismo pueblo que meció su cuna, un hijo de Masquefa, por el simple delito de tener graduación. Los treinta y dos restantes fueron conducidos hacia Martorell aquella misma tarde, y al llegar á Magarola diz que fué entregada á Casalís, por los mozos de la Escuadra, una orden *superior*, en la que se le mandaba fusilar en el acto á los infelices á quienes había prometido respetar sus vidas. Pensó Casalís ejecutar tamaña barbarie en Martorell; pero al cundir en esta villa la fatal nueva, sobreexcitáronse los ánimos de tal manera, que á no variar de propósito el comandante, los presos hubieran sido arrancados del poder de la tropa antes que presenciar los habitantes de aquella población el fusilamiento de enemigos capitulados.

ción y se dirigía en busca de su hijo, mesándose los cabellos y gritando desafortadamente, loca por el dolor que embargaba su alma:

— ¡Mi hijo! ¡Dónde está mi infeliz hijo! ¡Devolvedme al hijo de mis entrañas!

Afortunadamente, no faltaron corazones compasivos que, deteniéndola en su carrera, calmaron su dolor con palabras de consuelo, mintiéndole esperanzas que no tuvieron realización.

Contra lo que se acostumbra en tales casos, sólo se designó un soldado para tirar á cada uno de aquellos desgraciados. Aquel á quien tocó la infausta suerte de fusilar al muchacho, erró del todo la puntería. El po-



bre niño cayó instintivamente al suelo al sonar el choque de los gatillos, é incorporándose, crispados sus cabellos por el terror, exclamó con ademán de súplica:

—¡La vida! ¿No veis que Dios no quiere que yo muera? ¡Por la Virgen de Montserrat, no me matéis!



Desatendiendo sus conmovederos ruegos, un sargento puso en la sien de aquel infortunado la boca de su carabina; pero ésta, que faltó anteriormente á las leyes de la puntería, quebrantó esta vez las de la mecánica, no dando salida al proyectil.

—¡Ya lo veis!—exclamó de nuevo aquel mártir;— ¡no está de Dios que yo muera! ¡La Virgen de Montserrat me ha sal....!

No pudo concluir la frase, porque un tiro remató su horripilante agonía.

Su madre estaba allí cerca, acariciando la grata esperanza de la salvación del fruto de sus entrañas.

¡Le habían dicho que se había salvado por su corta edad y que estaba camino de Barcelona!

Todavía era poco horroroso el crimen. Al drama sangriento que acabamos de describir sucedió un epílogo más repugnante todavía. ¡La mayor parte vivían

aún! ¡Solo estaban heridos! Corazones más humanitarios se hubieran conmovido oyendo sus ayes lastimeros.

A medida que el pulso indicaba quiénes eran los que respiraban, mortífero plomo iba acabando con ellos.

Así se destruyó la *Partida del Tóful de Vellirana*.

Los que se pasan las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio falsificando la verdad de los sucesos acaecidos en nuestras guerras civiles, y los que desde las columnas de infamatorios libelos imputan á nuestro ejército crímenes en que no ha tenido arte ni parte, debieran recordar el horripilante episodio que acabamos de reseñar, y por él alcanzarían á explicarse, á pesar de su voluntaria miopía, ciertos *excesos* que no fueron otra cosa que lógicas é inevitables represalias ejercidas por los que recordaban con horror escenas como las narradas, y que distan mucho de constituir un hecho aislado, sino que puede y debe calificarse de una de tantas hazañas de las incontables que lleva perpetradas el liberalismo en lo que va de siglo.

FLORDELÍS.



CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación)

En el primer periodo, recibe el heroico Batallón de Marquina su bautismo de sangre en el ataque de Arrigorriaga y toma gloriosa parte en el de Oñate. En el segundo, tiene la dicha de coadyuvar á los dos desembarques de armas que cambiaron la faz de la guerra, tomando parte en la acción de Lamindano, inmediato al desembarque; en el sitio de Bilbao, ocupa honroso puesto en el alto de Archanda y Santo Domingo, rechazando con brillante carga al enemigo, que por sorpresa había logrado ocupar el alto contiguo al punto denominado de Banderas; después presta sus servicios en las líneas de Bilbao y Valmaseda, pudiendo referirse entre los hechos princi-

pales la activa persecución y fuego á una columna enemiga que salió á Munguía y la acción que sostuvo cuando el enemigo trató de fortificar el alto de Serantes. Terminó su carrera en Guipúzcoa, donde operó unido á la división Guipuzcoana, pudiendo decirse que si no tuvo la dicha de tomar parte en los hechos principales ó de más nombradía de la guerra, en todas partes cumplió como bueno.

(No le cupo la suerte de tomar parte en las acciones á campo libre entre fuerzas considerables de ambos bandos, de lo que siempre se lamentaba mucho.)

14 I.—Bandera del Batallón de Arratia, de la División de Vizcaya. Se encontró entre otros hechos de armas, en las batallas de Mañeru, Montejurra, Somorrostro, y el 12 de abril de 1875 en el asalto y toma del fuerte enemigo de Aspe, en las cercanías de la plaza de Bilbao.

De seda blanca: en el anverso y centro, la imagen de la Purísima, surmontada de la inscripción

«Voluntarios de Vizcaya, Dios y Fueros», en seda encarnada, y debajo de la Virgen: «Patria y Rey» y «Batallón de Arratia», con cuatro flores de lis en los ángulos del anverso; en el reverso y centro, el escudo de armas de Vizcaya sobre una cruz en colores nacionales, en forma de aspa, y la inscripción: «Viva el R... Carlos VII, Señor de Vizcaya», con cuatro escudos de España en los ángulos del reverso.

15 J.—Bandera del Batallón de Somorrostro, 5.º de la División de Vizcaya.

Asistió á las batallas de Castro-Urdiales, Mercedillo y Villaverde de Trucios.

De seda, en colores nacionales: en el anverso y centro, la imagen de la Purísima, surmontada de la inscripción: «Tú, Gloria del Trono Español; Tú, honor del País Foral», y debajo de la de «Batallón 5.º de Somorrostro-Encartaciones,» en el reverso y centro el escudo de armas de Vizcaya con el lema de: «Dios, Patria y Rey».

16.—Bandera de seda en forma de estandarte, llevada por las primeras fuerzas realistas que se organizaron en Vizcaya, haciendo después toda la campaña de 1873 á 1876.

En el anverso y centro, la imagen de la Virgen de Begoña, con la inscripción alrededor de «Almogávares de Nuestra Señora de Begoña», y debajo «Partida Volante.»

17.—Bandera de lana, en colores nacionales, cogida al enemigo el día 12 de abril de 1875, en el asalto y toma del fuerte de Aspe (inmediato á la plaza de Bilbao), por las fuerzas del Batallón de Arratia de la División de Vizcaya, al mando del coronel Isasi. Está toda ella manchada en sangre de los artilleros enemigos que defendían el fuerte, y ondeaba en él al caer en poder de las tropas Reales. Tiene un escudo de armas de España en ambos lados.

18.—Bandera del Batallón enemigo Cazadores de Segorbe, núm. 18.

Le fué cogida al hacer prisionero por capitulación, en Portugalete, al citado Batallón, el 22 de Enero de 1874.

De seda en colores nacionales. En el anverso y centro, el escudo de armas de España, con la inscripción sobre él de «Batallón de Cazadores de Segorbe, número 18»; en el reverso y centro, un escudo de armas de España.

19 K.—Bandera del Batallón de Cazadores de Tolosa, 3.º de la División de Guipúzcoa.

Sus batallas principales son Abárzuza y Urnieta, en las cuales se distinguió.

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro, la imagen de Santiago, patrón de España, surmontada de la inscripción: «Triunfo de la Santa Cruz, Batallón de Cazadores de Tolosa, 3.º de Guipúzcoa», y debajo del santo las letras V. D.ª M. (viva Doña Margarita), con cuatro flores de lis de oro en los ángulos del anverso; en el anverso y centro el escudo de armas de España, y encima

de él el lema: «Dios, Patria y Rey», y debajo las letras «V. C. VII» (viva Carlos VII), con cuatro flores de lis en los ángulos del reverso.

20 L.—Bandera del Batallón número 8 de la División de Guipúzcoa.

Asistió á las batallas de Somorrostro y Urnieta.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Junta de Vevey.

(Lámina suelta.)

En la primavera de 1870, y en una deliciosa comarca de Suiza, convocó Don Carlos á sus más distinguidos y fieles servidores, para explicarles los motivos que le habían impulsado á aceptar la dimisión de Cabrera.

Todas las provincias de España estuvieron representadas en la casa-palacio de la Faraz.

Precedido de dos gentiles-hombres, entró el R... al grito unánime y entusiasta de ¡Viva el Rey!, y teniendo á la derecha á su secretario el Conde de Samitier y subsecretario D. José Ros de los Ursinos, y á la izquierda los dos secretarios de la Junta Central de Madrid, D. Joaquín Muzquiz y Conde de Canga-Argüelles, pronunció Don Carlos el discurso siguiente:

«Señores:

»Voy á deciros en breves y sencillas palabras por qué he querido que estuviérais hoy á mi lado.

»Habéis acudido á mi llamamiento, dándome una prueba más de adhesión que agradezco.

»Quiero que conozcáis los hechos que han precedido á la renuncia, no motivada, del general Cabrera, que no puedo menos de admitir, en vista de su tenaz insistencia en mantenerla. Con sentimiento la recibí, y fué grande mi sorpresa cuando supe que dicho general había comunicado su voluntaria separación á las Juntas antes de que yo admitiera su dimisión.

»Quiero haceros saber mi resolución de ejercer personalmente la autoridad que, por convenir á la causa, había delegado en aquel general, y quiero que la convocación de esta Junta sea también un testimonio de que el Rey, cuando se trata de asuntos graves, oye antes, para resolver acertadamente, el dictamen de personas ilustradas.

»Os consultaré, por lo tanto, aprovechando vuestra presencia, la marcha que debemos seguir para continuar con fe y entusiasmo la obra emprendida, y con la ayuda de Dios llevarla á pronto y feliz término.

»La situación de nuestra patria, vosotros la conocéis; unámonos más que nunca, y con patriotismo, abnegación y disciplina, salvemos á España que perece, salvando á la vez el orden, el Trono y el Altar.

»Sentaos.»

A continuación mandó Don Carlos leer varios documentos, que por su extensión nos es imposible transcribir en estas columnas.

El Teniente general D. Joaquín Elió, previo el beneplácito de Don Carlos, tomó la palabra y dijo:

»Señor:

»De todos puntos de España y del Extranjero hemos acudi-

do presurosos al llamamiento de S. M.; hemos tenido el honor de oír el sentimiento con que V... se ha visto en la necesidad de admitir la dimisión del señor general Conde de Morella. V... nos ha manifestado el deseo de conocer la opinión de sus fieles servidores; yo, el más antiguo de los jefes del partido carlista, creo ser su verdadero eco y el de todos estos señores, asegurando á V... M... nuestro leal concurso en pro de la dicha de nuestra querida patria. Señor: nosotros empezamos nuestra carrera al grito de ¡Viva el Rey!, y si necesario fuese, moriremos repitiendo ¡Viva el Rey!»

A cuyo mágico grito respondieron con emoción é indescrutable entusiasmo todos los concurrentes á esta magna reunión.

Ochenta y nueve representantes del partido carlista, algunos de cuyos nombres no hemos podido averiguar, tuvieron la honra de oír estas hermosas palabras de los augustos labios del Príncipe:

«Desde hoy yo me encargo PERSONALMENTE de la dirección del partido.»

«Lo que esta frase significa—decía poco después la Revista *Altar y Trono*—el carácter que revela y la enérgica decisión que descubre, no es menester que nosotros lo digamos.

»Oiganlo bien todos nuestros amigos; dígalo el partido carlista; dígalo la España católico-monárquica: el R... Católico es desde hoy nuestro único jefe. No hay delegaciones; no hay monarquía constitucional, en que el Rey reina y no gobierna, no; Don Carlos y gobierna, y se hace responsable ante Dios y ante el mundo de todo lo que en adelante suceda.

»Españoles y católicos, firmes en nuestra fe y seguros de nuestra victoria, creemos cumplir con un gran deber consignando aquí el testimonio de nuestra adhesión á la causa y á la persona de Don Carlos, pronunciando la frase que lo resume todo: ¡Viva el Rey Católico! ¿Habrá algún carlista cobarde que deje de contestar á este grito de la patria?»

No los hubo.

Tan admirable y elocuentemente se presentó ante Europa la vitalidad, la fuerza y el entusiasmo de un partido cuyos representantes, á la primera invitación del R..., hicieron un largo y penoso viaje; que vió en Vevey reunida en torno á Don Carlos la grandeza, la nobleza, la propiedad, con oradores, publicistas y jurisconsultos de los más conocidos y de los más afamados; probándose que la comunión carlista es el pueblo español, el pueblo del famoso dicho *del Rey abajo, ninguno*, y que el R... de ese pueblo es digno de un Trono. Nada hay de extraño en que todos los explotadores de las pandillas revolucionarias, que por tanto tiempo arruinan á España, y todos los sicarios de causas completamente perdidas y completamente desacreditadas, tratasen de atenuar el inmenso efecto de aquellos hechos con ridículas patrañas.

Batería del Diente.

(Lámina suelta.)

Es de tanta importancia el sitio de Bilbao en el estudio de la pasada campaña, y tan notables fueron sus fortificaciones de defensa, que al darlas á conocer por medio del grabado, copia del natural, es presentar á nuestros abonados la imponencia del sitio y las dificultades con que nuestro ejército tropezó cuando dirigía sus miradas y la metralla de sus cañones á la capital de la lealísima Vizcaya.

Armisticio voluntario y Armisticio forzoso.

(Págs. 148 y 149.)

Son apuntes del natural que guardaba el Sr. Pellicer, per-

fectamente desarrollados por este afamado dibujante. Si bien conocen ya ambos asuntos todos los que han visto nuestro *Almanaque*, nos hemos decidido, ya que es petición de muchos, á reproducirlos en EL ESTANDARTE, para que puedan apreciar su mérito artístico todos aquellos de nuestros abonados que no han tenido ocasión de admirarlos en la predicha obra.

PALACIO LOREDÁN.—Salón de Banderas.

(Pág. 152.)

No creemos que nuestros lectores encuentren sobradas cuantas reproducciones artísticas hagamos del histórico Palacio Loredán. El presente grabado es el mismo salón de Banderas que apareció en otro número, visto en distinta perspectiva. Así quedan complacidos los que están ávidos de conocer los menores detalles de la morada de nuestra Familia Real, y con mayor razón tratándose del salón que nos ocupa, verdadero museo de trofeos y de glorias carlistas, como habrán visto y verán nuestros lectores, por el largo catálogo, hasta ahora inédito, que publicamos.

PALACIO LOREDÁN.—Gabinete de Doña Margarita.

(Pág. 153.)

Es copia, á la pluma, de una fotografía, y da idea completísima del gabinete de la Princesa egregia que comparte con su augusto esposo las penalidades del destierro.

Una de tantas...

Episodio.

(Págs. 156 á 158.)

A ruego también de muchos suscritores que lo han visto en el *Almanaque* de la *Biblioteca Tradicionalista*, lo reproducimos aquí, ya que es tan convincente la razón que aducen de que se ha de esparcir la relación de los crímenes del liberalismo, para perpetuo baldón de sus autores y desencanto de los que creen de buena fe en la sinceridad de los procedimientos liberales.

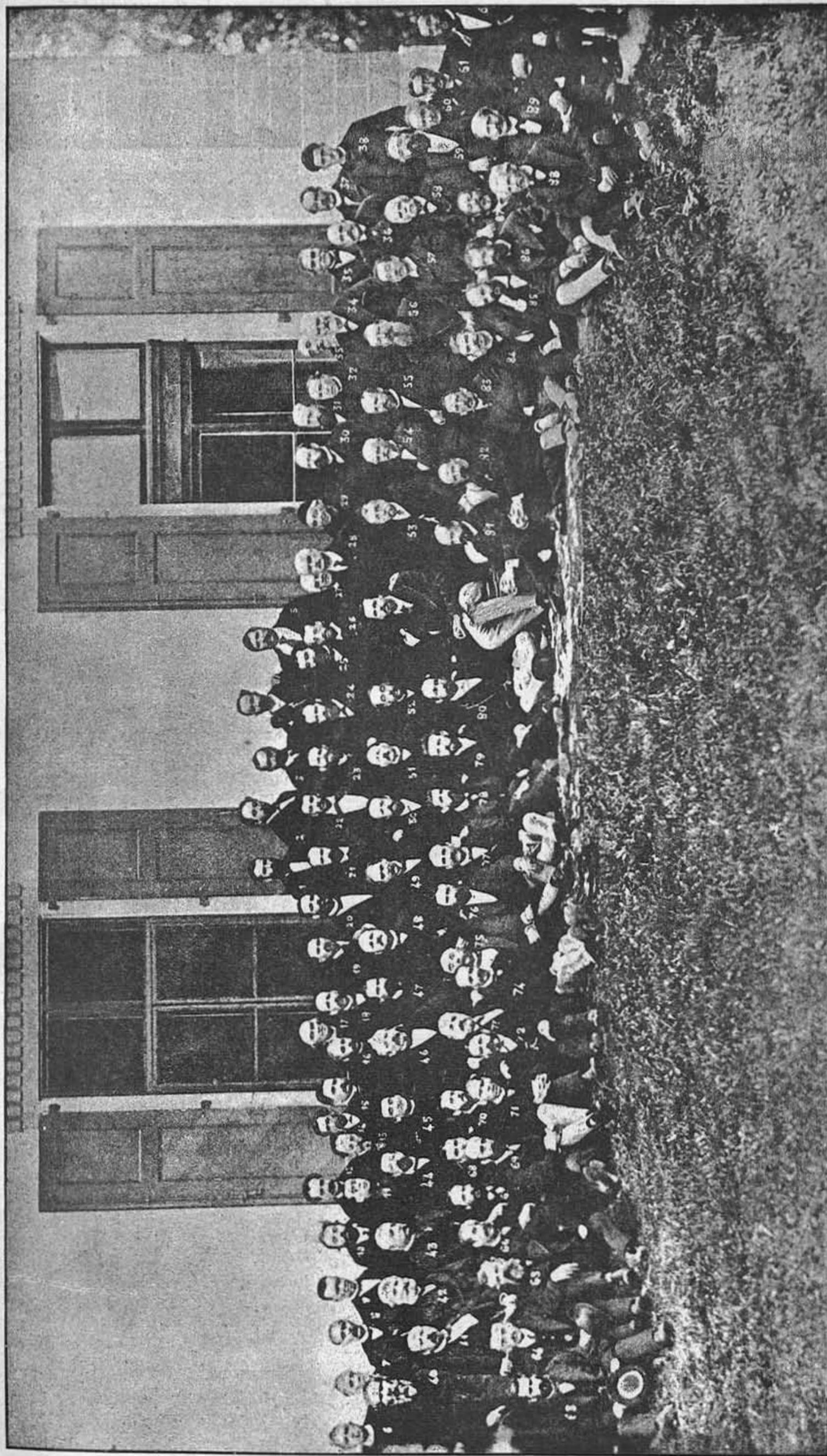
El presente episodio, que ha escrito *Flordelis* teniendo á la vista datos que nadie puede rechazar, y tan magistralmente ilustrado por el Sr. Coll, tiene tanto de horripilante como de histórico.

Nunca agradeceremos bastante á la prensa carlista los calurosos elogios que ha hecho á nuestro *Almanaque*; entre ellos, el que más grata satisfacción nos ha producido, porque revela la cariñosa acogida que dispensa á nuestros modestos trabajos el augusto Duque de Madrid, es el siguiente, cortado de una carta de Venecia publicada por *El Correo Español*:

«En el Palacio Loredán se ha recibido con complacencia suma el *Almanaque* de la *Biblioteca Tradicionalista*, de Barcelona, libro preciosamente editado, que honra á nuestra comunión.

»Nuestro querido amigo el Sr. Oller, á quien somos deudores los carlistas de este nuevo trabajo, tan oportuno y atinado como todos los suyos, puede estar justamente orgulloso de su obra, que por su tacto, su gracejo, el esmero de sus viñetas y sus condiciones, tanto literarias como litográficas, es acreedora á las más calurosas recomendaciones y á una popularidad que sin duda alguna alcanzará.»

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



- 1 Rodríguez Seoane.
- 2 Helguero.
- 3 Pérula.
- 4 Ochoa de Olza.
- 5 Hierro.
- 6 Balbés.
- 7 Dameto.
- 8 Marco de Bello.
- 9 Amores Bueno.
- 10 Ros de los Ursinos.
- 11 Cos y Durán.
- 12 Iparraguirre.
- 13 Marqués de Campmany.

- 14 Clerá.
- 15 Plugo.
- 16 Royo Salvador.
- 17 Mosen Cargol.
- 18 García Gutiérrez.
- 19 García.
- 20 Iribas.
- 21 Bobadilla.
- 22 Vizconde de la Torre.
- 23 Múzquiz.
- 24 Zabalza.
- 25 Puig.
- 26 Marqués de las Hormazas.

- 27 Mosen Gil.
- 28 Ulibarri.
- 29 Cura de Estella.
- 30 Bacós.
- 31 Conde de Cedillo.
- 32 Doctor Riu.
- 33 Cortés.
- 34 Barón de Uxolá.
- 35 Oriol.
- 36 Santa Cruz.
- 37 Torre Gil.
- 38 Pérez del Pulgar 1.º
- 39 Cevallos (V.).

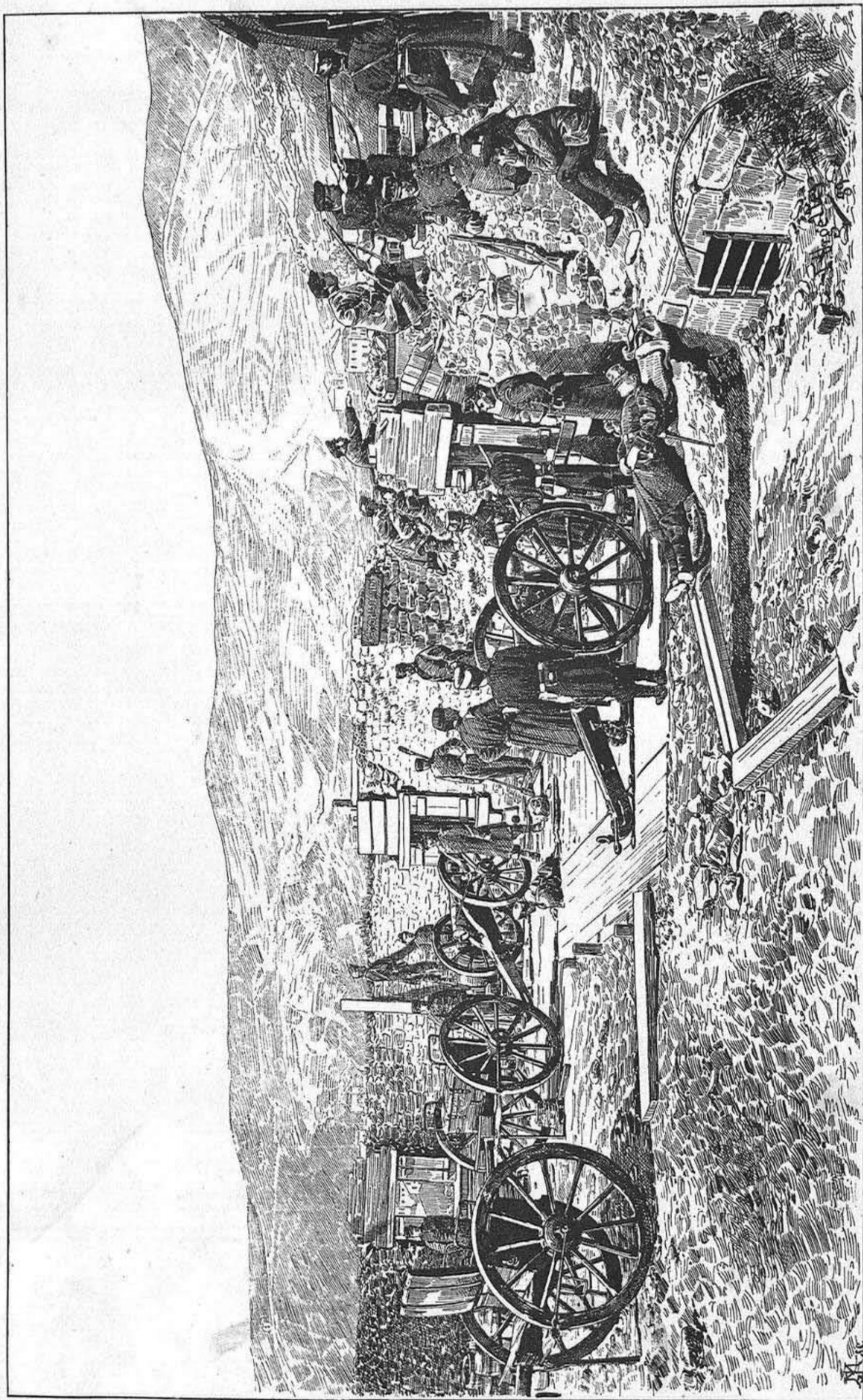
- 40 Orué.
- 41 Mergeliza.
- 42 Latuente.
- 43 Cevallos (H.).
- 44 Conde de la Florida.
- 45 Manterola.
- 46 Díaz de Labandero.
- 47 Tristany.
- 48 Algarra.
- 49 Elio.
- 50 Conde de Orgaz.
- 51 Martínez Tenaquero.
- 52 Marqués de Vallehermoso.

DON CARLOS DE BORBÓN

- 53 Marqués de Villadarias.
- 54 Conde de Samitier.
- 55 Salido y Baydes.
- 56 Marconelli.
- 57 Conde Faura.
- 58 Pons.
- 59 Conde de Casa Flórez.
- 60 P. Maldonado.
- 61 Pérez del Pulgar 2.º
- 62 Albarcellos.
- 63 Sarachu.
- 64 Iturralde.
- 65 Anguera.

- 66 Renart.
- 67 Huelves 1.º
- 68 Huelves 2.º
- 69 Cabanilles.
- 70 La Hoz y de Liniers.
- 71 Tejado.
- 72 Díaz Caneja.
- 73 Pliego Valdés.
- 74 Navarro Villoslada (C.).
- 75 Santa Pau.
- 76 Avila.
- 77 Lasuén.
- 78 Conde de la Patilla.

- 79 Olazábal.
- 80 Marqués de la Romana.
- 81 Marqués de Valde-Espina.
- 82 Marqués de Tamarit.
- 83 Conde de Canga Argüelles.
- 84 Benitez Caballero.
- 85 Trelles de Nogueroi.
- 86 Vives.
- 87 Ibáñez.
- 88 Estartuis.
- 89 Cnde de Marichalar.



SITIO DE BILBAO EN 1874. — BATERÍA DEL DIENTE, SOBRE LA FÁBRICA DEL GAS.

